

El último round / Un 2016 contra las cuerdas

Author : Jessica Dos Santos

Por: Jessica Dos Santos Jardim

*¿Quién dijo que todo está perdido?
Yo vengo a ofrecer mi corazón
F.P*

Durante el fin de un año y el inicio de otro, independientemente de las concepciones que cada uno posee en torno a estas fechas, uno empieza, consciente o inconscientemente, a realizar una especie de balance mental de los últimos 365 días del calendario, ya sea de forma individual o colectiva. Quizás en Venezuela, muchos, muchísimos, podríamos cantar al unísono que el 2016 fue un año de mierda, aunque en otras latitudes la cosa haya estado peor.

Sin embargo, encaramada en el tren de los recuerdos, con mi manera particular de sumar, restar, multiplicar y dividir, concluí que la cosa no estuvo tan mal y de repente temí que un raro y optimista espíritu navideño se hubiese apoderado de mí.

2016 fue el año en el que menos tiempo tuve y en el que más cosas aprendí, hoy soy un poquito más albañil, más electricista, plomera, mecánica, cocinera y... economista que antes. Fue el año en el que más trabajé y cuando más bolas pelé, pero pude hacer más con menos, y hoy soy la reina del resuelve que comparte su trono con un país entero, donde hay tantas carencias como nobleza. Este fue el año en el que más enferma he estado, porque al cuerpo no lo engaña nadie excepto la mente, pero en el que más viva me he sentido, así como fueron los 12 meses en los que más miedo tuve, para reconocermé, a mí misma y por primera vez, como un ser sumamente valiente.

Porque este también fue el año para sentir, en carne propia, lo difícil que es ser mujer y pobre (porque ni de vaina Hillary Clinton o Ángela Merkel pasan las mismas vicisitudes), más allá de nacionalidades, estado civil, cantidad de hijos, etc., en medio del sistema imperante, el mismo que, trampa tras trampa, hemos ayudado a mantener en pie, y nos ataca cada vez que nos disponemos a tambalear sus cimientos.

En el 2016 perdí (y también me liberé de...) muchas cosas y encontré otras tantas, recordé (con esfuerzo o sin querer) mil y un imágenes, palabras, sentimientos, direcciones, recetas, que parecían olvidadas, desde la dolorosa e implacable escena de niños hurgando en la basura buscando qué comer, hasta nuestra más profunda solidaridad, y que vinieron a demostrarme que la historia jamás será una línea recta, pero, aun así, no podemos caer en el declinismo (esa creencia de que "todo tiempo pasado fue mejor") y debemos sacudirnos la nostalgia cuando esta intente inmovilizarnos.

Este diciembre, el mío, tiene muchas menos hallacas que el anterior, pero están aliñadas con los sabores únicos de la resistencia. Mi año finaliza sin haberme comprado ni siquiera una pantaletica nueva, del color que sea, porque mi aguinaldo pereció ante las deudas, pero hoy en mi vida también hay un hombre, que, como diría sui géneris, “conoce las palabras que jamás le voy a decir y no le importa mi ropa, si total, me voy a desvestir para amarlo”, porque de una u otra forma este también es el año en que más he amado y me han amado. En el que más hemos amado y nos han amado, porque el amor, afirmaba el Gabo, se hace más grande y noble en las calamidades.

Por eso, yo cierro el año absolutamente convencida de que nosotros somos un pueblo arrecho, que responde y se crece ante las dificultades, mandando al carajo el estúpido y falso concepto de “viveza criolla” con el que han querido arrebatarnos la moral durante décadas, los mismos ladrones que insisten en llamarnos “flojos” aunque le deban todas sus riquezas a nuestra fuerza de trabajo, con la certeza de que los bachaqueros son un porcentaje mínimo de nuestra población, por mucho ruido visual y daño que nos hagan; segura de que saldremos de esta y de las que vengan, llenos de heridas y cicatrices profundas... las mismas que nos harán insistir en nuestro deseo de vivir en paz, encontrando juntos, y sin poses intelectuales, las claves necesarias, pero además, lo haremos con alegría, y no permitiremos que nos tilden de masoquistas o conformistas por eso.

Hace unos años, cuando la academia intentó con furia desclasarme, yo llegué a creer y a repetir, lo confieso, aquel absurdo “por eso es que estamos como estamos... porque para el venezolano todo es un chiste...bla, bla bla”, cada vez que nosotros, de forma genuina, intentábamos paliar el dolor con la risa, pues con el tiempo, hundida en las más desesperantes y duras situaciones, supe que eso es lo que hacemos, y que sin nuestro raro y valiosísimo humor ni yo ni muchos estaríamos acá contándola, viviéndola. Por eso seguiremos, como nos decía el Chino Valera Mora, agarrando a la amargura por los cuernos, rompiéndole la nuca, y cuando la muerte nos señale: seguiremos cantando.

Días atrás, en mi programa radial, le pregunté a casi todos mis entrevistados: ¿Cómo sería el 2017?, pues ya saben, a los periodistas no se nos quita la maña de querer anticiparnos al futuro. Tal vez si hoy alguien, a modo de venganza o curiosidad, me devolviese la pregunta, yo diría que el 2017 será mucho pero mucho más difícil que el 2016 y, sin embargo, no sabría asegurar si eso es bueno o malo. Al fin y al cabo, diría El Principito, a los adultos nos gustan solo las cifras:

“Cuando a los mayores se les habla de un nuevo amigo, jamás cuestionan lo esencial. Nunca se les ocurre preguntar: ‘¿Qué tono tiene su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas?’. Pero en cambio sí preguntan: ‘¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?’. Solamente con estos detalles creen conocer. Si les decimos a las personas mayores: ‘He visto una casa preciosa de ladrillos rosados, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado’, jamás llegarán a imaginarse esa casa. Es preciso decirles: ‘He visto una casa que vale cien mil millones’. Solo entonces exclamarán entusiasmados: ‘¡Pero... qué

preciosa!”.

... Y yo me he negado a crecer.

Pero, independientemente de lo que pase, nosotros seguiremos acá, golpeando hasta el **último round**, porque el 2016 también me regaló la oportunidad de acercarme a ustedes por acá, y de entender que la única forma de aprender a pelear es peleando, sin importar cuántas veces logren ponernos contra las cuerdas.